



Quema del Corán (Archivo Báez)

Hacia una teoría parcial de la biblioclastia como fenómeno histórico

Fernando Báez

*Escritor, bibliotecario,
activista contra censura*



Resumen

“Bibliocausto” es un neologismo que nombra la destrucción de libros. Este artículo propone una revisión abarcadora sobre esa violencia contra las bibliotecas a través de distintos períodos y geografías y analiza el fenómeno como parte de la guerra de memorias y la pretensión de aniquilación de otra cultura.

Palabras clave: Biblioteca - bibliocausto - historia del libro - memoria.

Key words: Library - bibliocaust - history of the book - memory.

Antes de explicar por qué es destruido, me gustaría precisar que el libro es un invento bastante reciente patrocinado por la invención de la escritura. Según los antropólogos, el *Homo habilis*, primer antepasado del hombre, tiene unos 2,5 millones de años, y el *Homo sapiens*, del cual derivan los hombres modernos, desarrolló escritura hace apenas unos pocos miles de años. Esto quiere decir que la humanidad tiene un 99% de prehistoria y 1% de historia escrita.

La aparición de la escritura¹, por decir, supuso una transformación completa en la memoria colectiva de una docena de civilizaciones fundadoras.

1. Mientras se decide si fue primero la escritura mesopotámica o la egipcia, los expertos discuten ahora si el primer sistema de escritura complejo apareció en el VI milenio a. C., en lo que se ha denominado como Vieja Europa. Debe recordarse que al finalizar la última glaciación, una oleada humana se abrió paso por las rutas pirenaicas, alpinas, carpáticas y

Regis Debray, que clasificaba la historia en una primera fase de logosfera y una última fase de videosfera, creía que la grafosfera correspondía a uno de los núcleos de la ontología humana². De todas las actividades que distinguen la cultura, la escritura es una de las más importantes porque es una herramienta inigualable de organización social y de reafirmación. Como lo confirma la propia raíz etimológica indoeuropea “skribh”, la escritura es “corte, separación, distinción”. En general, todas las especies biológicas poseen sistemas de comunicación, vocales, químicos, gestuales u olfativos; el hombre, en cambio, ha logrado representar con el lenguaje sus procesos mentales más complejos y, de alguna manera, convertir los sonidos y gestos en diversos signos visibles abstractos y convencionales que garantizan la protección de sus tradiciones.

De la escritura se llegó pronto a la necesidad de un soporte que fue el libro. Borges ha dicho:

De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de su voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación.³

El libro es el que le da volumen a la memoria humana. El libro, pese a su connotación portátil, objetiva la memoria: es una unidad racional que representa por medios audiovisuales, impresos o electrónicos, una voluntad mnemónica y lingüística. En el paso revolucionario de la oralidad a la escritura, y sobre todo en ese proceso significativo donde triunfa el libro como objeto de culto, lo que realmente se impone es un modelo más seguro de permanencia que codifica la sensibilidad y la traduce en estados uniformes y legítimos. El libro resulta, así, una propuesta que pretende configurar todo como razón y no como caos. La idea de que el libro es algo más que una estructura física que soporta la memoria colectiva o

urálicas. Según la arqueóloga lituana Marija Gimbutas (1921-1994), esos grupos constituyeron una cultura que desarrolló la escritura. Durante el inicio del período Calcolítico (Edad de piedra y cobre), ya en pleno neolítico, descolló el centro de los Balcanes, donde existió Vinca, un yacimiento a 14 kilómetros al este de Belgrado, a orillas del Danubio, y allí fueron descubiertas más de 2.000 figuras de arcilla y objetos inscritos que nos dan a entender que se practicó una escritura ritual de carácter religioso. Hoy se cree que los objetos con signos gráficos respondían a un culto y se han reconocido más de doscientos signos individuales, incluso de valor numérico. Lo más asombroso es que los signos se repitieron en la escritura Lineal A de la mítica Creta.

2. Régis Debray, Introducción a la *mediología*, España: Paidós, 2001.

3. Borges, Jorge Luis. *Borges oral*. Madrid: Alianza Editorial, 1994.

individual, ha prologado algunas metáforas poderosas, cuyo orden puede resultar inaudito. Procedo a mencionarlal: A) El libro como talismán. San Juan Crisóstomo ha contado, por ejemplo, que en el siglo IV, en Antioquía, la gente se colocaba en el cuello un códice para evitar ser víctima de los poderes del mal. B) El libro de la vida: es la creencia en un libro divino donde están escritos todos los nombres de los que habrán de salvarse en el juicio final, como lo testimoniaba San Juan. C) El libro como naturaleza. Plotino hablaba de las estrellas como si fueran letras eternamente escritas en el cielo. D) El libro del mundo, que hace del universo un cosmos bibliográfico. E) El mundo existe solo para ser un libro, según la creencia del poeta Stéphane Mallarmé. F) El libro como hombre, como lo proponía Walt Whitman, en su “Adiós”. G) El libro como sueño compartido. Cada una de estas metáforas, gestadas por generaciones de hombres que han entendido que solo a través de la palabra se ha logrado tener un alma que persiste, asume una visión donde el hombre y el libro no pueden separarse.

El libro es una institución de la memoria para la consagración y permanencia, y por eso debe ser estudiado como pieza clave del patrimonio cultural de una sociedad.⁴ Debe entenderse que el patrimonio cultural existe en la medida en que lo cultural constituye el patrimonio más representativo de cada pueblo. En sí mismo, el patrimonio tiene capacidad para impulsar un sentimiento de afirmación o pertenencia transmisible y puede afianzar o estimular la conciencia de identidad de los pueblos en su territorio. Una biblioteca, un archivo o un museo son patrimonios culturales y cada pueblo los asume como templos de la memoria.

Por esto que digo, y por otras cosas que constituyen la tesis central de este ensayo, es que creo que el libro no es destruido como objeto físico sino como vínculo de memoria, esto es, como uno de los ejes de la identidad de un hombre o de una comunidad. No hay identidad sin memoria. Si



4. Cada grupo o nación ha intentado legitimar sus símbolos como forma de expresión reconocible. Los nombres recibidos por esos símbolos han variado: son considerados tesoros, joyas, y en la Convención de La Haya de 1954 se popularizó a nivel internacional el término “bienes culturales”. Con una expectativa enorme, un equipo de expertos de la UNESCO se refirió al patrimonio como “el conjunto, local, regional, nacional, continental o universal, de bienes muebles e inmuebles, materiales e inmateriales (o no físicos), de propiedad de particulares o de instituciones u organismos públicos o semipúblicos, que tengan un valor excepcional desde el punto de vista de la historia, del arte, de la ciencia, de la vida económica y social, de la cultura en suma, y , por tanto, sean dignos de ser conservados para las naciones y para la comunidad internacional y conocidos por los pueblos a través de las generaciones”.

Durante la Conferencia Mundial sobre Política Cultural celebrada en México en 1982, se puso de manifiesto que el patrimonio cultural de un pueblo se extiende “a las obras de sus artistas y arquitectos, de sus músicos, de sus escritores, de sus sabios y también a las creaciones anónimas surgidas del alma popular y al conjunto de valores que dan un sentido a la vida; comprende las obras materiales e inmateriales que manifiestan la creatividad de ese pueblo, lenguas, ritos, creencias, lugares y monumentos históricos, literatura, obras de arte, archivos y bibliotecas”.

no se recuerda lo que se es, no se sabe lo que se es. A lo largo de los siglos, hemos visto que cuando un grupo o nación intenta someter a otro grupo o nación, lo primero que intenta es borrar las huellas de su memoria para reconfigurar su identidad.

En el fenómeno del auto de fe contra los libros es manifiesto que quienes lo realizan reconocen que no basta con el asesinato o encarcelamiento de un escritor o con el genocidio del pueblo que se ve retratado en el espíritu de ese texto. Es imprescindible ir a la raíz del problema y entender con suficiente precisión que el memoricidio es la base de la destrucción de obras y sus principales ideólogos están animados por un radicalismo que pretende instaurar verdaderas guerras culturales de naturaleza política o religiosa. No ha habido nunca ni hay una sola causa para la destrucción de un libro o una biblioteca: hay decenas. No obstante, y más allá de las anécdotas circunstanciales que exoneren o culpen, predomina una intención deliberada de forzar una amnesia gradual o inmediata que permita el control de un individuo o sociedad. En Grecia se autorizaba la eliminación parcial de los archivos, como sucedió con el Decreto de Amnistía de Patrólides, del 405, que ordenó que se borrara una lista pública y estableció sanciones para todos los que salvaran el registro o se atreviesen a recordar con malicia el pasado. Los romanos llamaban *damnatio memoriae* al proceso en el que el senado romano practicaba la “condena de la memoria” de todos aquellos a los que se clasificaba como infames, y entre otras cosas, se borraba el nombre del afectado por la medida de todas las inscripciones, libros y monumentos para que fuera olvidado por las nuevas generaciones. Quien desgarró o quemó un libro repite este esquema clásico.

La destrucción de libros pública o privada se cumple casi siempre en melancólicas fases que se alternan: restricción, exclusión, censura, saqueo y finalmente destrucción. Hay restricción en el veto y en la enmendación; hay censura en la supresión discriminatoria; hay saqueo en la acción espontánea o comercial de robo directo o indirecto. El ataque extremista, al parecer, va dirigido a destruir los patrones culturales principales que forman parte de los recuerdos compartidos de los adversarios para manipular las filiaciones más resistentes y reconstruir todo por medio de la ortodoxia. Este fenómeno se conoce también como aculturación o transculturación, cuando una cultura se impone sobre otra y trasplanta nuevas memorias en una sociedad. Esto lo hemos visto en casos de purificación étnica como el que pusieron en práctica los nazis y en regímenes despóticos como el de Mao en China. Es el triunfo de Eróstrato: persevera quien destruye.

Se queman libros o se bombardean bibliotecas porque son símbolos. Un ejemplo de esto pudo conocerse cuando la Biblioteca Nacional de Bosnia y Herzegovina, en Sarajevo, abierta en 1896, fue bombardeada desde las diez



y media de la noche del 25 de agosto de 1992 con fuego de artillería. Las bibliotecas no son objetivos militares comunes, sino más bien colaterales en las guerras, pero los hechos dejan claro que su condición especial de valores culturales aglutinantes de una comunidad las pone en riesgo.

Es imposible que el lector haya escuchado hablar de una computadora o de un coche sagrado, pero sabe de libros considerados sagrados. El libro viene a ser para muchas sociedades, además de un monumento mnemónico, una manifestación divina de un espíritu superior, como lo pone en evidencia que los hebreos crearon en las sinagogas una habitación llamada Geniza, a partir de una palabra cuya raíz es 'ocultar', para almacenar los manuscritos o ejemplares con versículos o textos sagrados. Horrorizados por la posibilidad de su destrucción, llegaron a concebir un espacio fantástico en la historia del mundo para enterrar los libros, y uno de estos lugares importantes fue la Geniza de El Cairo, que contenía miles de escritos en el alfabeto hebreo. En 56 túneles de las montañas



Chiltan en la comunidad de Quetta, en Pakistán, un grupo de sirvientes se desvive hoy por custodiar un cementerio con 70.000 bolsas que resguardan ejemplares dañados del Corán. Estos depósitos son llamados Jabal-E-Noor-Ul-Quran.

El bibliocausto, un neologismo usado para aludir a la destrucción de libros, es un intento por aniquilar una memoria que constituye una amenaza directa o indirecta a otra memoria a la que se supone superior. Insisto en que el libro no se destruye porque se le odie como objeto. No se conocen todavía enemigos de los libros de bolsillo, de los colofones, del papel, de las tipografías o de los lomos dorados. John Milton, en *Aeropagitica* (1644), creía que lo destruido en un libro era la racionalidad representada: “[...] quien destruye un buen libro mata a la Razón misma [...]”. La parte material solo puede ser asociada al libro en una medida circunstancial: al principio fue una tablilla entre los sumerios, un hueso entre los chinos, una piedra, un pedazo de cuero, una plancha de bronce o hierro, un papiro, un códice, un papel, y ahora un disco compacto o un complicado dispositivo electrónico.

Umberto Eco ha ratificado que existen tres formas de “biblioclastia”, esto es, de destrucción de libros:

[...] la biblioclastia fundamentalista, la biblioclastia por incuria, y aquella por interés. El biblioclasta fundamentalista no odia los libros como objeto, teme por su contenido y no quiere que otros los lean. Además de un criminal, es un loco, por el fanatismo que lo anima [...] La biblioclastia por incuria es la de tantas bibliotecas italianas, tan pobres y tan poco cuidadas, que a menudo se transforman en espacios de destrucción del libro, porque una manera de destruir los libros consiste en dejarlos morir y hacerlos desaparecer en lugares recónditos e inaccesibles. El biblioclasta por interés destruye los libros para venderlos por partes, pues así obtiene mayor provecho. Imaginemos que un bellissimo atlas del siglo XVI, con doscientos cincuenta mapas hechos a mano, cueste cien mil dólares. En general, el librero honesto solo vende mapas si los ha encontrado por separado o los ha extraído de copias incompletas, que solo sirven para el destrozo. Yo recuerdo un Mr. Salomon, hoy muerto, que tenía un negocio en la Novena Avenida, en Nueva York, y que sostenía que él era un vándalo democrático. “Usted no puede permitirse –decía– una Crónica de Nüremberg. Yo le encuentro una copia incompleta, la separo y vendo una tabla por cien dólares”.

Pero si un comerciante deshonesto destroza el atlas de cien mil dólares y vende por separado los ciento cincuenta mapas, incluso a setecientos cincuenta dólares cada uno (y basta leer los catálogos para darse cuenta de que eso sucede), ha ganado doscientos cincuenta mil dólares. Naturalmente, la copia completa que aparecerá luego en el mercado se volverá más rara, costará el doble, y también el doble costarán los

mapas sueltos. Así, de golpe, es como se destruyen obras de valor inconmensurable, se obliga a los coleccionistas a hacer sacrificios insostenibles y se aumenta el valor de los mapas sueltos. No hay manera alguna de obviar este vandalismo aristocrático. Alguien ha propuesto un pacto de honor entre libreros, y entre libreros y coleccionistas, con el objeto de que ninguno compre y venda mapas sueltos, pero yo encontré, hace ya algunos años, un mapa del Coronelli a precio accesible y no me resistí a la tentación de tenerlo en mi estudio. Es obvio que intenté autoconvencerme de que circulaba suelto desde hace quizás muchos años y que, por lo tanto, yo no era responsable de la destrucción de una obra completa.⁵

Lejos del coleccionista destructor, el destructor de colecciones fomenta una personalidad totalitaria, con raíces arraigadas en los mitos apocalípticos de creación y destrucción. En el totalitarismo, política e ideología están al servicio de rituales que perseveran en reinventar la historia por medio de las vías más impositivas: la tentación colectivista, el clasismo, la formación de utopías milenaristas y el despotismo preciso, burocrático, servilista, el rechazo de la memoria del otro.⁶ Incluso sociedades democráticas pueden ser extremadamente totalitarias al reducir su identidad a un proyecto de exclusión extremista y sedicioso. Según Rebecca Knut, el libricidio, término que usa en sus estudios, es “la destrucción sistemática de libros y bibliotecas” con orientación hacia “la negación como el genocidio y etnocidio”.⁷

Curiosamente, los destructores suelen ser creadores ingeniosos. Los biblioclastas se distinguen por poseer su propio libro, que juzgan eterno. Tal como prescribe el ritual destructivo antiguo, arrasar puede sacar al involucrado de la circunstancialidad y devolverlo a la eternidad. Cuando el fervor extremista apriorístico asignó una condición categórica al contenido de una obra (llámese *Corán*, *Biblia* o el programa de un movimiento religioso, social, artístico o político), lo hizo para legitimar su procedencia divina o permanente (Dios como autor o, en su defecto, un iluminado, un Mesías). En su novela 1984, George Orwell presentó un estado totalitario donde un departamento oficial se dedicaba a descubrir y borrar todo pasado. Los libros se reescribían y los ejemplares originales eran destruidos en hornos ocultos para salvar a la sociedad del enemigo.

El destructor de libros es dogmático, porque se aferra a una concepción del mundo uniforme, irrefutable, un absoluto de naturaleza autárquica,



5. Eco, Umberto. “Desear, poseer y enloquecer”, *El Malpensante* N.º 31, Junio 16 – Julio 31 de 2001, pp. 55-58.

6. Cfr. Tzvetan Todorov, *Memoria del bien, tentación del mal*, Barcelona: Península, 2002.

7. Knuth, Rebecca. *Libricide: the regime-sponsored destruction of books and libraries in the twentieth century*. London: Westport, Conn., 2003.

autofundante, autosuficiente, infinita, atemporal, simple y expresada como pura actualidad no corruptible. Ese absoluto implica una realidad absoluta. No se explica: se aprehende directamente por revelación.

De modo natural, cuando algo o alguien no confirma la postura descrita, sobreviene una inmediata condena, supersticiosa y oficial. La defensa teológica de un libro considerado definitivo, irrefutable e indispensable, no ha tolerado discrepancias. En parte, porque la desviación o reflexión crítica se iguala a la rebelión; en parte, porque lo sagrado no admite conjeturas ni entrecomillados: supone un cielo para sus gendarmes y un infierno con tintes de pesadilla combustible, para sus transgresores. Hay un aspecto determinante y es que el dominio no se establece sin una relación de convicción. No hay hegemonía religiosa, política ni militar sin hegemonía cultural. Quienes han destruido libros y bibliotecas saben lo que hacen, y hacen lo que saben. Su objetivo ha sido y es claro: intimidar, desmotivar, desmoralizar, propiciar el olvido histórico, disminuir la resistencia y sobre todo fomentar la duda.

No debe ignorarse que son numerosos los derechos humanos fundamentales que se violan en los bibliocaustos: el derecho a la dignidad, el derecho a la integridad de la memoria escrita de los individuos y de los pueblos, el derecho a la identidad, el derecho a la información y el derecho a la investigación histórica y científica que hace posible los libros.



El Dr. Fernando Báez es autor de *Historia universal de la destrucción de libros*, *La destrucción cultural de Iraq*, *Las maravillas perdidas del mundo*, *El saqueo cultural de América Latina*. La Editorial Océano de México creó en 2016 una biblioteca con su nombre y editó su principal trilogía con el título de *Maravillas Perdidas*. Ha participado como asesor de la Unesco, asesor de doctorados en patrimonio cultural, fue director de la Biblioteca Nacional de Venezuela por 8 meses en 2008, y coordinó el Proyecto de la Ruta Transahariana de los libros entre 2014 y 2016. Página web: www.fernandobaez.com

DEBRAY, Régis, *Introducción a la mediología*, España: Paidós, 2001.

Borges, Jorge Luis, *Borges oral*. Madrid: Alianza Editorial, 1994.

Eco, Umberto. "Desear, poseer y enloquecer", *El Malpensante* N.º 31, Junio 16-Julio 31 de 2001, pp. 55-58.

TODOROV, Tzvetan, *Memoria del bien, tentación del mal*, Barcelona: Península, 2002.



유 화 《민생단보따리를 불사르시는 경애하는 수령 김일성동지》 리영기, 박창준, 강훈영
油画《敬爱的领袖金日成同志焚烧‘民生团’材料》李永基、朴昌俊、姜勋永